

FERNANDO GARCÍA MAROTO

LA GEOGRAFÍA DE LOS DÍAS



LUNES

TARDE

El tiempo de verdad toma cuerpo cuando anochece y estamos a solas. No son los cinco minutos entre clase y clase ni los treinta escasos de un recreo. Eso sólo son intervalos de tiempo. El tiempo con mayúsculas, el que pone límites a la vida, y a la vez comienza con ella, adquiere forma y consistencia rotunda cuando la oscuridad y la soledad se unen mezclándose y reaccionando de manera peligrosa para el cuerpo y la mente, dualidad aparente que en ese instante y para siempre deja de ser. No se puede olvidar la densidad fría que lo envuelve; seremos capaces de reconocerlo siempre y sin ningún género de dudas dentro de nosotros.

El tiempo es interior; exteriores son las horas que pasan por el reloj convirtiéndose cada veinticuatro en días, y cada siete de éstos en semanas. El tiempo atado y supeditado al propio ser y a la propia existencia cae hacia adentro, se desborda a chorros por los huecos insondables que nuestro cerebro excava en el cuerpo fluyendo continuo y cíclico. A veces parece congelarse; decimos que el tiempo se detiene. Mentira, farsa bien asimilada, deglutida y aceptada por los sentidos. Nunca lo hace. Lo que realmente se para es nuestra limitada capacidad humana para seguir su ritmo frenético que acelera y decelera creando para sí mismo una relatividad fascinante.

Al estar solos sin desearlo podemos contemplar su evolución: a las cuatro de la mañana el tiempo ya es mayor de edad y tiene el vigor propio de sus años; los balbuceos y los pasos inseguros, vacilantes que ha dado a medianoche quedaron muy atrás. Ahora arrasa con todo. La primera víctima de su fuerza incontrolablemente sutil es el sueño. Su aniquilación es condición necesaria para la contemplación de su metamorfosis nocturna.

Cuando el sueño muere el tiempo resucita. Porque el tiempo no vive nunca. Vivir es ir muriendo poco a poco, y él es eterno en su abstracción. Nuestro tiempo sí muere porque nos pertenece, nacemos con él y le vamos agotando sin darnos cuenta, arrastrándolo cuando es pasado, empujándolo cuando es futuro y construyéndolo en el presente imperfecto, guardándolo como avaros en fotografías, y proyectándolo en todas las cosas venideras. Lo controlamos encerrándolo en círculos con dos agujas, y nos controla a su vez dando vueltas sin parar; tensa relación que nadie quiere romper por muy mal que lo estemos pasando.

A esa hora, en ese estado de ánimo, Sierra distribuye su presencia de carne por toda la casa recorriendo cada habitación una y otra vez sin encontrar nada ni a nadie, tampoco buscando. Sabe de sobra que está solo, tanto como se puede estar en un piso compartido por dos. La cama intacta, no hace falta entrar en la alcoba para comprobarlo, hecha desde primera hora de la mañana en un intento por mantener un orden externo que procurase un mínimo de tranquilidad a ambos, y que Sierra no ha querido deshacer en toda la noche, consciente de que sólo habría dado vueltas en ella haciendo un recorrido limitado por sus dimensiones de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, paseando su cara sin afeitar por las dos almohadas, invadiendo una región a la que siempre penetra con consentimiento, deslizándose furtivo y suave en incursiones pactadas con un gesto o una respiración

elocuente de animal acorralado. En una silla reposan un jersey y un pantalón, abandonados en una rigidez algo donosa, huecos, sorprendidos por la desaparición del cuerpo que les da realmente forma. Las prendas solidarias se unen a él en la espera de quien pueda llenarlos a todos, desde luego no esta noche ni quizás la siguiente. Simplemente esperan ocupando todos sus instantes en esta labor, ejecutando los minutos a sangre fría mediante la realización de actividades sin objeto. Antes de salir y apagar la luz, echa un último vistazo al dormitorio duplicado de tamaño por la ausencia. Sierra sabe que aún queda mucha noche, y volverá a entrar encontrando de nuevo lo mismo, cada cosa reclamando su lugar con obstinación, imponiendo su tiranía material sin nadie que pueda hacerla frente con un simple cambio de disposición.

También en el baño de baldosas blancas y negras los objetos han interrumpido su secreta partida de ajedrez jugada sin ganas desde primeras horas de la mañana, y reina un presagio gris de tablas no acordadas, sino impuestas por las circunstancias interminables y aceptadas en silencio por unos jugadores cansados de perder. El orden que impera en él es un orden desquiciado de manicomio: el tubo de pasta dentífrica cerrado y tieso en el vaso acompañado por dos cepillos que hoy aparecen a la vista un poco divergentes, la taza del retrete bajada ocultando una blancura húmeda y resbaladiza, la ducha recogida por completo y ningún pelo en el lavabo, ni los filamentos que forman signos de interrogación al contacto con el agua que en vano trata de ahogarlos para evitar preguntas, ni las minúsculas esquivarlas que Sierra desprende a tajos mutilando su cara bajo la mirada escrutadora de ella, siempre cerca y observando cuando él se entrega a esta operación minúscula de cirugía higiénica que considera tan masculina, inconsciente de que él también la observa cuando ella se depila en ese mismo baño creyéndose sola y tarareando mientras recorre sus pier-

nas con su pequeña maquinilla, devolviendo a su cuerpo una suavidad delicada. Sierra ha entrado sin ganas de orinar pero lo hace, se fuerza a hacerlo creyendo a medias que invertirá horas en este proceso que completa en segundos pálidamente amarillos.

Ante este error de cálculo decide premeditar todas sus acciones para el resto de la madrugada, ayudado por las cifras, en ese intento de cuadrar el círculo de la noche. Sale del baño y regresa al salón, donde ha pasado lo peor de la noche, el tiempo que va desde las doce hasta ahora. Todo sigue igual. Lo contrario hubiese sido extraño.

El reloj marca las cuatro, una ele bastante relajada y floja. El televisor está apagado y no lo volverá a encender, cansado de ver programas vergonzantes, ni siquiera absurdos. El negro de la pantalla le refleja parado en medio del cuarto de estar aún vestido con la ropa de la calle pero con sus zapatillas de estar por casa idénticas a las de ella, pero un par de números más grandes. Las compraron juntos para usarlas juntos, como otras tantas cosas. Ahora solamente él se desplaza en ellas produciendo un leve sonido al andar que retumba en sus oídos debido al vacío del piso. Algo dentro de Sierra nota la diferencia entre el silencio que reina en la casa cuando no hay nadie y el silencio que producen ambos al estar juntos. No se oye sólo con el oído; aunque en este momento no hay nada que oír. El teléfono permanece mudo sin enfado y ofrece sus números obsceno, invitando a posar los dedos en él y sucumbir a lo que se desea. Nadie descuelga el teléfono, ni a este lado de la línea ni al otro; dondequiera que la geografía de los días sitúe ese otro lado.

El primer paso siempre es el más difícil de dar, ande uno descalzo o en unas cómodas babuchas. Es más fácil andar sin dirigirse a ningún sitio en concreto, como a la estantería donde están alineados los discos, coger uno de ellos y ponerlo en el aparato. O mejor aún, elegir dos o tres de ellos y disponerlos para que suenen sin interrup-

ción a lo largo de toda la larga noche, de sus restos sin llama, humeantes, hasta que llegue la mañana y con ella la hora de volver al trabajo, a la rutina sin soledad, a las tareas bien aprendidas que permiten ocupar todo el ser en algo que no sea él mismo en el tiempo; abandonarse a la monotonía higiénica de las clases repitiendo fórmulas mágicas con palabras de prestidigitador, engañando no solamente al público, sino también a uno mismo con unos trucos tan vulgares que la vergüenza de hacerlos no permite pensar en otra cosa. La baraja siempre ha tenido cinco ases, el conejo vive en el sombrero y la chica ya está partida por la mitad por culpa de un descuido del mal artista que lanzó sin control sus palabras de acero, palabras que nacen sonrosadas y redondas, llenas de una vida que comienza sin azotes; pero poco a poco se van afilando, intuyendo su necesidad de proporcionar la menor resistencia a la superficie de contacto y clavarse hasta el fondo, toda la frase formando un sable que termina en la empuñadura de un punto y final.

El primer disco ya ha empezado a sonar; no lo ha escogido al azar: es uno de los favoritos de ella. Por vez primera en mucho tiempo se concentra para oírlo, deteniendo su mirada en las fotografías de personajes planos que pueblan la estancia revelando en este momento su significado oculto, el instante en que nacieron de un fogonazo, de una luz, y así quedaron para siempre en un negativo. En un par de ellas aparecen ellos dos, un poco más jóvenes, sonriente ella, sonriendo él, sus caras faltas de la tercera dimensión que proporciona el tacto. A Sierra nunca le han gustado las fotos, una manía como otra cualquiera. No siente ese miedo ancestral de tribu temerosa por el robo de las almas que emigran del cuerpo a la imagen. Su miedo es occidental, paranoico, ligado más al psicoanálisis que a la antropología.

Sin embargo, ahora mismo, esas imágenes sirven de sucedáneo, amargo como él solo. Imposible camuflar

el sabor de una sustancia fluida tan compacta como la que forma la vida compartida, un sabor que va mutando solo, sin ayuda ni solución de continuidad. Lo que hoy sabe azul mañana sabe gris. No hay nada que hacer; los sabores no se mezclan. Siguiendo el hilo de sus pensamientos, en una asociación de ideas propiciada por ese noctambulismo compulsivo impuesto por la soledad, entra en la cocina a preparar una cafetera. Hay café hecho de esta mañana, pero quiere malgastar todos los segundos que pueda, esas imperceptibles revoluciones de cesio que nunca cesan. Siempre le ha gustado preparar la cafetera: llenarla de agua, poner el café marrón en el cilindro metálico y alisar su superficie aromática; y luego esperar, esperar a que el calor de la vitrocerámica comunique su mensaje hirviente al agua y éste al café.

Un juego de adultos, una contradicción. De pequeño lo veía así. Su padre preparaba el café y encendía el fuego de la cocina a gas con una cerilla cabezona que se consumía dejando un evocador olor a madera. La mezcla de ese olor y el del café recién hecho eran señales del mundo de los mayores, un mundo que él ha alcanzado hace años y que ahora no resulta tan atractivo como cabía esperar, afeado por la falta de perspectiva, por una cercanía deformante y provocadora de los típicos esperpentos de las cucharas. La muerte de su padre hace que la cocina se haya quedado sin gas, el botón de la llama en el cero. Igual que como se encendió. No conserva en casa ninguna foto de él. En un juicio a sí mismo Sierra se autoabsuelve, no se lo reprocha. Es incapaz de recordar si alguna vez le dijo algo agradable, con sentimiento. Tiene buena memoria y sabe que si no recuerda, es porque no hay nada que recordar. Y eso no aguantaría un juicio, ni de él ni de nadie. Por eso no habla mucho de él ni le gusta que le hablen de él. Si lo hace es sin concretar, vagamente, insinuando, rozando la superficie barnizada del trato áspero que hubo entre ambos, siempre correcto y

formal, más burocrático que familiar. Tan sólo queda el café y un cierto parecido físico, castigo que impone la genética por si nos atrevemos a olvidar. Lo segundo lo ve cada mañana en el espejo del baño, en ese mundo paralelo que confunde izquierda y derecha. Lo primero lo huele de vez en cuando; como ahora mismo.

Ya ha subido. Apaga la vitro y retira la cafetera del calor, decide llevarla a la mesa del salón con un salvamanteles y allí ir tomando poco a poco tazas cargadas mientras escucha la música y corrige los ejercicios que empezó a revisar esa misma tarde y que siguen ocupando parte de la mesa: folios ensuciados por garabatos sin sentido práctico, pura teoría muerta dispuesta a ser diseccionada por un bolígrafo sangriento y negativo, vengativo. Lo mejor será tenerlos corregidos cuanto antes para así mantener el interés de los alumnos, faltos de una intensidad de concentración como ancianos con alzheimer. Los alumnos siempre le preguntan si los tendrá corregidos para el día siguiente. Siempre lo hace. Pero no le ofende la duda. Dudar es la misión oculta de todos ellos, jóvenes aún. Cuando ya no se duda ni se puede dudar sólo resta aguantar, resistir. Destino de adultos. La operación que ejecuta Sierra es invariable: desplegar el folio, comprobar, tachar y corregir en rojo; desplegar otro folio, comprobar, tachar y corregir de nuevo en rojo. Lo único que cambian son los fallos que se comenten. A veces se cuele el descaro de la perfección. A veces nada más. Este ritual lleva su tiempo, hay que repetir las fórmulas por igual y no saltarse ningún paso para establecer una comunión totalmente inútil. Ya sueña otro disco, el segundo que ha puesto. Echando los cálculos eso significa que ya ha pasado al menos una hora, una hora sin pensar en ella; ella, a la que dedica cinco minutos de su pensamiento antes de volver a su trabajo, al blanco y rojo de las correcciones, a los tachones indignados que el saber sin objeciones descarga sobre errores

imperdonables para el correcto funcionamiento. ¿De qué? De la nada. Cuando termina son casi las seis de la mañana. Todo un éxito de la rutina.

